

Territorios del presente

En el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana se expone *Mundo soñado* de Tonel. La pintura escenifica un gigantesco mapamundi formado por islas, a la manera de una suerte de imaginario que condensa la contracara del relato colonizador de la modernidad. De pronto, la isla de Cuba en el texto pictórico adquiere el tamaño del globo y con su omnipresencia satura el espacio global y se autorreplica en cada territorio y en cada frontera. A su vez, la obra de Tonel reenvía al ensayo de otro cubano. Iván de la Nuez, desde la revista de la diáspora cubana en Madrid, *Encuentro*, convoca a ese Mundo soñado para pensar en los procesos de trasterritorialización de la cultura cubana del último medio siglo. “El destierro de Calibán” problematiza así el imaginario topográfico- “la reconstrucción de la conciencia geográfica” -, un imaginario configurado a la manera de una ubicua insularidad, una especie de mundo imaginado cuya cartografía está compuesta por una serie casi infinita de pequeñas Cubas sobreocupando el espacio planetario. Sin embargo, el mismo ensayo advierte acerca de los riesgos de ese gesto, que si funciona como otra forma de la venganza del subalterno, quedaría preso de otra matriz que los escritores de la diáspora intentan eludir y trascender: el fatalismo calibánico

Eludiendo los dos peligros, el de volverse una versión antitética del relato colonizado de la territorialidad latinoamericana, y por lo tanto su aporía, o la de la ineluctable fatalidad calibánica, la escena del ensayo-performance y la pintura podría también ser propuesta como una salida tangencial a la alianza telos- topos, como el envés de esa trama, una lectura que el ensayo de de la Nuez reifica. Vale decir, si lo pensamos como la postulación de una estética de la ubicuidad insular que implica una forma afirmación del imaginario topográfico bajo otro paradigma, se configura una cara de la territorialidad donde los cuerpos y los espacios, los lindes y las fronteras reemplazan al imaginario del mito, el telurismo y la teleología que había dominado la conformación de la historia de la imaginación cubana.

Esa escena transnacional urdida entre La Habana y Madrid, entre el museo y la revista permite introducir algunos de los problemas que afectan a las territorialidades en este complejo presente atravesado por diversas transformaciones que se realizan en un escenario regional cruzado por procesos de globalización en condiciones de desigualdad, y cuyo correlato en el orbe cultural es la redefinición de los polos de producción y distribución de los bienes culturales. Esos procesos, en sentido estricto

impactan en un escenario literario redefinido por el avance de los medios electrónicos y las diversas modalidades de la comunicación virtual, cuyo resultado se evidencia en la puesta en cuestión de las nociones de cultura local, y en la redefinición de las matrices literarias troncales tanto como la puesta en cuestión de las múltiples formas que adoptó la modernidad en la región.

En este sentido, la serie que denominamos provisoriamente *Mundo soñado* se inscribe en una multiplicidad de textos, no solamente literarios, producidos en los últimos años que ponen en discusión las nociones de espacio tal como ha venido siendo concebido por los aparatos teóricos de la modernidad y que sellaron un vínculo peculiar entre literatura, espacialidad y subjetividad, especialmente en el contexto latinoamericano. Si bien la teoría, la crítica, la literatura y el arte han venido señalando los crecientes desafíos epistemológicos (Mignolo, 2003; Castro Gómez, 1998) que arroja la idea de un mundo globalizado por las comunicaciones, el mercado y la tecnología -a la vez interconectado y desconectado, simultáneo y yuxtapuesto por temporalidades muy diversas (al mismo tiempo premoderno, moderno y postmoderno), vertiginoso y profundamente desacompañado- la radicalidad de estas experiencias están poniendo en jaque buena parte de los sistemas teóricos y las metodologías que hasta fines del siglo anterior nos resultaron adecuados para pensar las escrituras. Entonces, la pregunta central que guía este trabajo es la siguiente ¿cuáles son las transformaciones que se operan en la noción de territorialidad, en tanto que núcleo teórico denso que había definido el latinoamericanismo del siglo anterior, tan efectivamente adherido a las ideas de cultura regional y nacional?

Si pensamos que la noción misma de literatura latinoamericana y las estrategias con las cuales se constituyó su canon hasta el siglo XX tuvo una potente referencia a la experiencia de un territorio podemos delimitar el giro radical que provoca su erosión y desconstrucción en nuestros aparatos de comprensión literaria y crítica. Aquella noción estuvo concebida a partir de la articulación entre territorio y sujeto-identidad latinoamericanos. De este modo la idea de sujeto cultural heterogéneo y migrante (Cornejo Polar) remitiría, así, a una serie explicativa donde temporalidades, lenguas, imaginarios y discursividades convergían para dar cuenta de “lo latinoamericano”. En este escenario, territorialidad, identidad, temporalidad formaban parte de un sistema de simbolización en cuya dinámica sus términos se reenviaban y resemantizaban. Las ideas de barroco como programa cultural o de realismo mágico se derivan de aquella idea de

historia regional capaz de engendrar un imaginario común, un sujeto rebelde americano (Lezama), una experiencia temporo-espacial peculiar y una textualidad propia. Por ejemplo, para **Carpentier el barroco**, por ejemplo, se define como un estilo **ligado a los requerimientos de la materia de lo americano**; como la manifestación no solo a nivel **geocultural** sino también en nivel **transhistórico**. De allí que para el cubano “El barroco en nosotros es una cosa que nos viene del mundo en que vivimos” (58). Todo ello, se presentaba como un conjunto susceptible de abstracción para componer un sistema explicativo. **La territorialidad entonces, se construye como un dispositivo central en la construcción de una literatura latinoamericana.**

. Los procesos de transnacionalización de las culturas, el estallido y diseminación de los escenarios de migrancias, exilios y diásporas en los últimos 20 años, las comunicaciones planetarias que obligan a la redefinición de lo global y lo local, de las culturas nacionales y de los nacionalismos continentales, las comunidades virtuales, todo ello en conjunto ha puesto de manifiesto no solamente inusitados descentramientos espaciales y temporales en la experiencia de “lo latinoamericano” sino la sospecha acerca de que ese constructo todavía pueda significar una experiencia cultural diferenciada.

Hacia una discusión en torno a la noción de territorialidades

Como se desprende de lo expuesto, se hace imprescindible, entonces, intervenir en el intenso debate acerca las transformaciones de la noción de territorialidad devenidas de la experiencia de habitar un mundo profundamente transformado y dislocado. Menos con la apetencia de categorizar que con la voluntad de construir nociones metafóricas, reflexiones provisionarias, ensayo en esta intervención algunas preguntas que permitan recuperar para la crítica literaria ciertos problemas de la experiencia de la territorialidad que escenifican los textos literarios y la manera en que, en ese gesto escritural, texto y territorio culminan interpelándose, mostrando sus zonas de ambigüedad, inestabilidad e incerteza.

Una primera y general consideración debería contemplar el hecho de que no podremos probablemente ya operar con categorías paragua que constituyan moldes conceptuales lo suficientemente comprensivos como para explicar una diversidad considerable de fenómenos. La particularidad de cada texto y de cada experiencia de la

territorialidad nos indica de modo general que podremos pensar en núcleos de problemas y en algunas metáforas teóricas que por contigüidad, por oposición, por yuxtaposición se puedan vincular a otras expresando en todo caso experiencias de quiebre, de lugares ambiguos, de no-lugares o de territorios provisorios organizados a partir de experiencias y subjetividades. Las metáforas territorialides de la herida, la grieta, el confín parecen estar señalando los vacíos y la ambigüedad de los límites, la indefinición, la falla y la precariedad de las imágenes. Inclusive los mapas aleatorios, ficticiales y falsos que se replican en la literatura parecen colaborar en la pregunta por lo espacial.

Según Ludmer “Territorio” implica una forma de la epistemología que designa como “especular en fusión”. Así concebida, la noción no solamente convoca la delimitación del espacio sino, principalmente, una categoría porosa y diseminante ya que es al mismo tiempo electrónica-geográfica-económica-social-cultural-política-estética-legal-afectiva-de género-y-de sexo. Vale decir, atraviesa los diferentes campos de tensión y designa una forma de la epistemología disruptora, un modo de borrar las oposiciones a partir de la ubicación en uno de los lenguajes (el literario por ejemplo) que implica a otros (Ludmer, 2010:1 En esta perspectiva, el término territorio funciona como noción transversalizadora que demanda un abordaje transdisciplinario; implica también la idea de que desde una de esas perspectivas o lenguajes- el literario- se puede implicar a otros; y en tercer término, señala una metodología, en la medida en que pensar desde territorialidades conllevaría a “especular en fusión” en tanto que los textos abren diversas perspectivas que exigen el diálogo entre paradigmas disciplinares e epistémicos diferentes (lo geográfico, lo cultural, lo discursivo, lo histórico, etc) y borran las fronteras entre las disciplinas. Se trata, sin dudas, de una hipótesis controversial que ha generado innumerables polémicas. Sin embargo, implica también una intervención fuerte que hace pie precisamente en la minusvalía de los aparatos teórico-metodológicos de la crítica latinoamericana para pensar escrituras del presente tan radicalmente disruptoras de las tradiciones y modelos literarios.

Así concebida, esta noción no solamente pretende eludir cualquier esencialismo en el uso del término “territorio” sino además señala la necesidad de pensar desde nociones móviles y en constante redefinición, nociones que no pueden ya adscribirse a campos específicos sino que precisan atender a la porosidad de los problemas de la cultura del presente, especialmente desde un escenario atravesado por el debilitamiento

de las fronteras demarcadas por la modernidad y que afecta la noción misma literatura (“postautónomas”).

Si la noción construida por Ludmer, le permite poner en cuestión las relaciones entre escritura y territorialidades en la lectura de determinado corpus de textos, que opera centralmente desde un espacio urbano, resulta operativo contrastarlas con las reflexiones que el crítico de arte paraguayo, Ticio Escobar elabora a partir del relevamiento de otros corpus literarios y artísticos y de una matriz cultural diferente que pone en tensión los paradigmas y sustratos culturales que continúan operando en la experiencia latinoamericana de la territorialidad e introduce un sesgo ineludible en la configuración de las relaciones idiosincrásicas entre textos, sujetos y espacios. En diálogo con Julio Ramos (en Ramos Julio: *Conversación con Ticio Escobar: los tiempos múltiples*, *Rev Kataty* 10, octubre de 2012, pp 28-39), Escobar propone una noción de territorio desde la matriz de la cultura guaraní. Desde ese locus, el estudioso distingue un uso material, pensado como dato meramente topográfico, vale decir “Yvy” que implicaría para los guaraníes la tierra física, suelo, terreno demarcado, de “Tekohá” en tanto que territorio. Literalmente: descompone el vocablo para dar cuenta de que el sufijo *tekó* funciona al interior del significante como un sustantivo que significa cultura y que invoca el conjunto de los hábitos, representaciones y conductas de una comunidad y “Há” vendría a significar “lo dispuesto a”. De este modo *tekohá* implicaría un hábitat simbólicamente acotado, vale decir, el asiento de la cultura, o lo que está preparado para sostener la cultura. Si para los guaraníes, entonces, no representa lo mismo el *ivy*- la mera extensión de tierra- que el *tekohá*, esta última permite percibir de qué modo la experiencia de la territorialidad en ciertas culturas constituye una noción densa que rearticula la pluralidad de prácticas, procesos de subjetivación y simbolización y discursos a través de los cuales los sujetos inscriben los sentidos de su forma de habitar un mundo-simbólicamente acotado: la isla, el barrio, la urbe- pero también de pensar su ubicación en una trama histórico-cultural situada, localizada. La diferencia entre tierra y territorialidad se evidencia para Escobar cuando ciertas políticas indigenistas intentan “devolver” otras tierras a los indígenas o reasentar a estos en territorios nuevos. Para estos pueblos, entonces, no sería lo mismo un territorio cualquiera, que uno señalado por las tumbas de los antepasados”(Escobar, 28). Pero ese espacio no se configura como algo meramente espiritual, sublime o trascendental sino como una noción distinta de lo real que contiene a un tiempo la

experiencia de la tierra o las cosechas y la noción de tierra sin mal perteneciente a otro orden .

Entre esos dos modos de pensar la territorialidad se inserta una diversidad de intercambios teóricos que muestran la necesidad de pensar desde corpus específicos ya que las generalizaciones no parecen ya producir avances significativos . Esas intervenciones exponen la experiencia de nuevos modos de ubicarse en una geografía simbólica y material donde los cuerpos y los discursos se inscriben en una sintaxis que opera corroyendo una serie de nociones provenientes de la modernidad, en particular, ideas de lo global y lo local.

Guattari (en el libro *Micropolítica: Cartografías del Deseo*) ya había definido **territorio** como sinónimo de **apropiación y de subjetivación** fichada sobre sí misma. Vale decir, como un conjunto de **representaciones**, que se construyen “a partir de” pero que también colaboran en la construcción de sus sentidos en torno a “comportamientos, tiempos y espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos”. De modo que así planteada, la noción de territorio podría poner en escena su **carácter operativo**; intelectual, idiosincrático y metafórico, una acción que realiza un sujeto respecto de sí mismo y del mundo que habita. Implicaría en segundo término, poner escena un conjunto de **representaciones y comportamientos** que se dan en diferentes planos (social, cultural, estético y cognitivo).

A partir de estos desarrollos, entonces, propongo pensar en territorialidades (no territorio) a partir de ciertos núcleos. En primer lugar, como un proceso epistémico y no como una mera materialidad geográfica. Un rasgo que ya está señalado en su estructura semántico lexical, en la medida en que- si consultamos el diccionario de la Real Academia Española - se define al sufijo “dad” como un modo de acentuar lingüísticamente el proceso de **abstracción** que lleva implícito. Ese proceso en sentido estricto puede ser concebido como una **operación cultural**- a partir de la cual los sujetos construyen una experiencia del mundo y de sí mismos en relación a un habitat determinado. **Implica, en tercer término, una articulación de varias dimensiones:** a) discursiva y textual (se inscribe en un “habla”- un poema, una novela); b) histórica (una experiencia que se asienta en un pasado, un presente y un futuro comunes); c) axiológica (sistemas de valoraciones a partir del contacto con “lo real”); d) epistemológica (un modo de conocer). Por último, señalaría dos rasgos fundamentales. Se trata de una noción que permite anudar diferentes planos (el “pensar en fusión” de Ludmer): lo individual y lo colectivo, la ley y el deseo, la realidadficción (Ludmer,

2010) y que se distancia de cualquier rasgo esencializador que podría provenir del uso del concepto de territorio.

Ahora bien, la problematización de la noción de “territorialidad” no puede sino afectar otra serie de referentes contiguos que tuvieron significativa presencia en los procesos de redefinición de la denominada “especificidad” de la cultura latinoamericana. Diferentes estudios han venido señalando la profundización de los procesos de desplazamientos, relocalizaciones y migrancias¹. Esta atención a cartografiar un mapa geocultural móvil adquirió relevancia para diversos campos de estudio en la medida en que permitía rearticular de un modo nuevo la experiencia cultural y la experiencia de la territorialidad. Si la figura del migrante como sujeto cultural heterogéneo (1996: 837), ya había sido problematizada por Cornejo Polar en el contexto del latinoamericanismo, esta intervención se daba todavía al interior de un proyecto colectivo que mantenía como presupuestos teóricos aquella poderosa tríada identidad territorialidad y temporalidad. Esa heterogeneidad migrante que leyó el crítico en la literatura latinoamericana hasta el siglo XX precisa ser puesta en discusión en los escenarios del presente, ya que la radicalización de las formas de la *otredad* tornan insuficientes las nociones con las que explicábamos dichas tensiones. Se trata, por ejemplo, de una forma de la *otredad* devenida de la experiencia histórica de habitar un mundo cuyas fronteras se experimentan como artificios que exponen su carácter de “detector de desigualdades” antes que de diferencias. La escena global-local se vuelve inestable, se desplaza del mercado a la aduana y se replica al interior de las ciudades, a las “islas urbanas”, las villas o los shopings.

En este contexto, la experiencia de un mundo de fronteras fluidas y subjetividades en tránsito (o tránsfugas) emerge decididamente en la escritura latinoamericana. Esa experiencia se ofrece como anómala respecto de los registros vigentes hasta el fin de siglo. Luego de la exaltación casi hedonista que realizó la teoría de los ‘90 sobre las formas de nomadismo finisecular (principalmente desde la órbita de los Estudios Culturales), se torna imprescindible producir el reevalúo de estos procesos. Se trata de un cambio en el punto de vista y en los modos de abordaje, debería exponer un proceso de redefinición de las experiencias de la territorialidad a través localizaciones inciertas, múltiples (García Canclini, 2010:151) y de nociones tales como la de “extranjería”, que intentarían paliar la asepsia de ciertas

¹ Cabe señalar

semantizaciones de la migrancia posmoderna y reponer su multilocalización y su carácter estético y político. García Canclini propone la noción de *experiencias de extranjería* porque, al concebirlas en sus modalidades metafóricas, le permite comprender la radical “extrañeza de las formas artísticas y científicas de representar” del presente (2009)². El interés particular de esta noción para mi estudio radica en que ella constituiría un puente entre lo individual y lo social, lo subjetivo y lo histórico, la construcción de un modo de habitar el espacio y los procesos de construcción de las subjetividades. De modo que, resulta productiva, tanto epistemológica como críticamente, en tanto me permite revisar no solo los pilares de la idea de territorialidad que teorizó la modernidad latinoamericana (ligada a construcciones tales como insularismo, nacionalismo, regionalismo) sino también la idea de temporalidades (mitos, teleologías políticas, culturales, religiosas frente al imperio del presente y la simultaneidad), subjetividades (el debate acerca de las identidades nacionales, locales, regionales es sustituido por el registro y análisis de los procesos de subjetivación) y, finalmente, la noción de representación (el diálogo realidad-ficción) que cambia su eje y se asienta en una dimensión de lo posible y provisorio de la representabilidad pos-identitaria.

Migrancia y la diáspora transnacional conforman una experiencia existencial que empuja la idea de identidad nacional y regional hasta los bordes mismos del abismo exponiendo su naturaleza no solamente imaginaria sino inconclusa y sesgada por las experiencias de extranjería propias de un mundo saturado por lenguajes diversos y antitéticos. (Trigo)

En 2011, Interzona publica *Antología del cuento político latinoamericano. Región* compilado por Juan Terranova y Enzo Maqueira. En el “Prólogo” señalan:

“Nos gustaría que esta antología se lea, en una primera instancia, como un mapa. Un país, un autor, un relato. Pero también se podría cruzar con los diarios de cada ciudad, con las redes sociales globales, con Wikipedia y Gmail” (Maqueira, Terranova, 2011)

Una antología como un mapa, donde están en juego las ideas de nación-región pero también de autor y relato, una antología que funciona también como un periódico o un red social. Con el término región entonces se alude a una metáfora territorial que juxtapone y tensa diferentes imaginarios y zonas de la práctica cultural de los sujetos.

² Según García Canclini las extranjerías metafóricas son las experiencias como extranjeros-en otros países y en el propio- en situaciones de extrañamiento ante lo ajeno. No ocurren sólo por desplazamientos territoriales sino también por nuevas formas de alteridad en la misma sociedad y por dificultades de adaptación a nuevas condiciones (2009:5).

Una región pensada desde el dinamismo extremo y el estallido de fronteras antes que en una localización que permita encastrar al sujeto en un lugar determinado. Se trata de una antología donde lo político socava la idea de lo común al interrogar un mapa de los realineamientos político económicos del continente en la última parte del siglo XX cuya distopía se reduce a la “Epica de la intimidad, guerra de un solo hombre”

En “Aquí yace cualquier hombre” el relato de Michel Encinosa Fú, Cuba aparece expuesta en de diseminación. Más extrema. Una joven, a punto de exiliarse, ficcionaliza el tópico del fracaso, en un relato saturado de contaminaciones donde música y literatura, pierden sus contornos específicos para establecer un juego infinito de intercambios. El relato se ofrece como la contracara de la teleología insular que por un lado configura una Cuba amurallada- topos sin telos- al tiempo que focaliza en la experiencia de las orillas, las balsas, la fuga. vale decir por una lado pone en escena una experiencia de la territorialidad como cárcel (geopolítica pero también cultural) al tiempo que la yuxtapone a una territorialidad que invoca las incesantes del éxodo, la diápora, el exilio. Puede leerse en varios sentidos, también como una referencia a su patria “Orilla amurallada que no te deja cruzar tierra adentro. Como inmigrante ilegal en tu propia casa”, pero también como una idea de patria que implica la cancelación de la fuga

El mundo soñado de Tonel o la Cuba amurallada de Encinosa configuran cartografías de la experiencia de la insularidad travesadas por la pulsión de espacializar los imaginarios al interior de un mundo que ha desarmado las utopías y los mitos insulares, regionales, continentales y ha vuelto más candente la pregunta por los lugares, los entrelugares, los intersticios por donde se proyectan las preguntas ubicuas del presente.